

de la estructura ocupacional y de la estrategia educativa de los países beneficiarios traza un camino que seguramente resultará muy fructífero.

A. LAJOUS VARGAS,
de El Colegio de México

LAUCHIN CURRIE, *Accelerating Development (The Necessity and the Means)*, Nueva York, McGraw-Hill, 1966.

¿Hay una *teoría* sobre el desarrollo económico, algo semejante a la teoría sobre la determinación del ingreso nacional o a la teoría sobre la formación de los precios? A decir verdad, es muy difícil contestar esta pregunta en forma afirmativa. El estudiante del desarrollo económico se encuentra normalmente con una larga serie de "teorías" al respecto, que reconocidamente sólo enfocan aspectos muy parciales del problema fundamental.

Si hay algún enfoque que pretenda aspirar al título de una teoría general del desarrollo será muy probablemente —por el gran número de sus sostenedores si no por otra razón— el que se centra en el llamado "círculo vicioso de la pobreza", según el cual los países pobres lo son porque tienen poco capital con el cual dotar a su mano de obra, y por esa razón producen poco, y como producen poco no pueden generar muchos ahorros, y en consecuencia no pueden generar mucho capital; y vuelta a empezar.

La política económica que se deriva de este enfoque teórico es clara: Hay que concentrarse en el proceso de formación de capital. Si los ahorros domésticos son naturalmente escasos, hay que incrementarlos evitando que la nueva producción generada por el capital adicional sea consumida, es decir, es menester mantener —se entiende que sólo temporalmente— los niveles de consumo al mínimo tolerable en lo físico y en lo político. También hay necesidad de complementar los ahorros domésticos con ahorros procedentes del exterior, en forma de saldos favorables en la balanza de pagos, empréstitos y donativos.

Hasta aquí todo marcha bien, y el problema se entiende, como se entienden también las dificultades que se presentan para llevar a la práctica esa política económica. Pero héte aquí que muchos países subdesarrollados han aumentado substancialmente su equipo de capital en los últimos años (sobre todo en

forma de empréstitos y donativos extranjeros, y de inversión extranjera directa, que parecen ser los procedimientos más expeditos) y sin embargo siguen tan pobres como antes; y en relación con los países desarrollados sin duda van “avanzando” hacia atrás. Parece haber algo en nuestra “teoría” que no funciona, ¿pero qué es? ¿En dónde nos hemos equivocado?

Aquí es donde aparece la contribución importante del libro de Currie. No es sólo más capital lo que necesitamos, sino una distribución más adecuada del mismo, y la creación de un mercado que absorba los bienes que ese capital puede producir. Nuestro énfasis exagerado sobre la carencia de capital nos ha hecho olvidar la gran importancia del otro factor productivo por excelencia: la mano de obra; y nos ha hecho olvidar que la mera creación de capital no es suficiente: Es preciso ponerlo a producir bienes para los cuales haya una demanda efectiva, de modo que se asegure su reproducción y acrecentamiento a través de un proceso de autogeneración que podría constituir ahora un “círculo virtuoso”.

En nuestros países hay una excesiva concentración de la mano de obra disponible en la agricultura. Una consecuencia de esto es que el producto por hombre ocupado en ese sector es muy bajo; otra es que una buena parte de esa población está realmente ociosa. El empleo de más capital en la agricultura no haría sino agravar el problema, aumentando el número de ociosos. Por otra parte, en las ciudades no existen oportunidades de trabajo para los hombres ociosos del campo, porque no hay mercado para los bienes que ellos podrían producir, dado el bajo nivel de ingresos de quienes en el campo permanecen.

El empleo de más capital en los sectores no agrícolas también tropieza con el obstáculo del mercado reducido, que deriva no sólo del escaso poder adquisitivo de los campesinos sino también de la pobreza de grandes masas urbanas, que padecen una distribución del ingreso exageradamente desigual. El comercio exterior ofrece pocas esperanzas, ante la competencia de los países desarrollados y ante sus políticas proteccionistas. Los mercados comunes tropiezan igualmente con obstáculos infranqueables ante la incompreensión de los países interesados, guiados por los intereses creados de poderosos productores nacionales que medran a la sombra de elevadas barreras arancelarias. Los préstamos extranjeros se convierten más fácilmente en una carga para los países prestatarios —cuyo servicio de la deuda externa ha crecido desmesuradamente en los últimos años— que en estímulo para su desarrollo.

El único camino que queda abierto —para Currie— es el

de un ataque frontal y masivo contra los dos factores básicos de la pobreza. Hay que llevar a los campesinos a las ciudades y ponerlos a producir servicios públicos y bienes de consumo de los que ellos —y sus compañeros, los habitantes pobres de las ciudades— serían los principales consumidores; y hay que reorientar la política fiscal para disminuir substancialmente la actual desigualdad del ingreso. El capital necesario se generará automáticamente, cuando el grueso de la población pueda generar ahorros. Esto sin contar con que a la fecha hay una gran cantidad de capital ocioso, que podría ponerse a trabajar con gran provecho —y prácticamente sin coste adicional— laborando dos y hasta tres turnos diarios y suprimiendo buen número de días feriados que no se justifican.

El libro de Currie, dirigido especialmente a los economistas y a los hombres públicos de América Latina, señala nuestras deficiencias sociales y políticas que todos conocemos, y las dificultades que ello supone para cualquier plan de desarrollo. Pero tiene un vigor extraordinario al plantear nuevos frentes de ataque. Sólo por esta razón, su lectura —y su análisis cuidadoso— resulta altamente recomendable.

Tengo la impresión de que el enfoque de Currie se recibiría con toda naturalidad en los países desarrollados y en proceso de desarrollo del mundo socialista, porque en ellos se han hecho esfuerzos conscientes por disminuir la desocupación de la mano de obra poniéndola directamente en contacto con los bienes de producción, y disminuyendo los períodos ociosos del capital. Pero en América Latina nos hará bien ponernos a reflexionar sobre la necesidad de atacar nuestra pobreza desde ángulos distintos de los tradicionales. Currie ha escogido muy bien una cita de Keynes para subrayar esta necesidad: “La dificultad no reside en las ideas nuevas, sino en escapar de las antiguas, que se ramifican por todos los rincones de nuestra mente”.

EDUARDO L. SUÁREZ,
de El Colegio de México

Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas (1839-1898). Serie I, Despachos generales III, 1844-1846. Prólogo de Luis Nicolau D’Olwer. Selección y notas de Javier Malagón B., Enriqueta Lópezlira y José M. Miquel y Vergès. México, El Colegio de México, 1966.

Hace algunos años, El Colegio de México empezó a publicar esta serie de documentos. El período que se decidió abarcar se ini-